

SILVANA SERRANO

LA
REBELIÓN
DE LOS
PRÍNCIPES



VESTALES

© Editorial Vestales, 2015.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Serrano, Silvana
La rebelión de los príncipes, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2015.
416 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-09-7

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-09-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2015 en Gráfica LAF SRL, Montegudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A Nilda Magdalena Nicolai.
Y a la memoria de Juan Ángel Serrano.
Porque mi vida podrá ir cambiando,
pero siempre tendrá el mismo comienzo.*

*Cruzamos el mar tempestuoso de la vida entre la angustia y
el dolor, la alegría y el placer, la creencia y la fe.
Y, cuando más fuertes nos conceptuamos,
el desaliento nos domina; y, cuando más débiles parecemos,
inopinadas energías nos prestan el varonil aliento de los héroes.*

Lucio V. Mansilla

CAPÍTULO I

Ciudad de la Santísima Trinidad,
capital del Virreinato del Río de la Plata
y puerto de Santa María del Buen Ayre,
año 1780.

A CONSUELO LE DIO UN ATAQUE DE TOS AL SACUDIR LAS cortinas del cuarto de invitados.

—Imposible. Tendremos que quitarlas —exclamó mientras se cubría la nariz con un pañuelo—. ¿Qué me dices de la alfombra, Dolores?

—Lo mismo que el colchón, apesta de humedad —replicó la vieja esclava de los Montiel.

—Le pediré a Severo y a Pascual que saquen todo al tercer patio, incluso los muebles. Habrá que encalar las paredes.

Dieron las cinco de la tarde cuando los esclavos acabaron de vaciar el cuarto de huéspedes y de blanquear las paredes. Jacinta y Dolores se ocuparon de lustrar el mazarí que, luego, cubrirían con la alfombra recién cepillada, mientras Carmen ataba las cortinas que lavaría en el río al día siguiente.

—Una vez secas, solo nos restará vestir la cama —exclamó satisfecha y agotada Consuelo—. Roguemos que el señor Bracamonte no esté cruzando el Tercero en estos momentos.

Esa mañana, don Cipriano Montiel había recibido una nota de don Lorenzo Bracamonte en la que anunciaba su visita.

—El hijo de Eufrasio Bracamonte vuelve a Buenos Aires —dijo el hombre luego de leer la misiva que el chasqui le había entregado a una de las esclavas minutos antes.

Su hija mayor, Consuelo, que le cebaba unos mates en el despacho, preguntó:

—¿Don Eufrasio? ¿Mi padrino?

—El mismo, querida. Ya sabes que Eufrasio tenía un hijo que se llevó a vivir a Lima hace unos cuantos años.

—Diez —precisó la muchacha.

—Parece que el joven ha decidido volver a su tierra ahora que el padre ha muerto.

—¿Fue don Lorenzo quien le envió esa carta?

—Dolores acaba de recibirla —añadió al tiempo que asentía con la cabeza—. Tendré que pedirle a Clara que se ocupe de poner en orden el cuarto de invitados.

—¿Va a hospedarlo aquí?

—El hijo de Eufrasio es prácticamente de la familia —coligió Montiel.

Consuelo habría querido decirle a su padre que no era a doña Clara a quien tenía que pedirle poner en orden el cuarto de invitados, sino a ella. Pero, como era su costumbre, prefirió callar.

Su madrastra repartía el día en hacer tres cosas: dormir, ir al templo y chismorrear mientras bebía algún refresco con sus amigas. No quería saber nada de niños, a pesar de tener

tres pequeños; ni de adolescentes, la otra mitad de su prole. De todos ellos se ocupaba su hijastra, igual que hacía con las tareas de la casa y dirección de los esclavos.

Consuelo no se quejaba. Todo eso era preferible a pasarse el día lamentando no saber qué lugar ocupaba en aquella familia. Ella era una Montiel, primogénita de don Cipriano, pero nadie sabía a ciencia cierta cómo había ido a parar a esa casa veintidós años atrás. ¿Su madre? No tenía idea quién la había parido. Lo único que sabía era que no había sido española ni criolla.

Cada vez que la joven se miraba al espejo, en aquel cuarto que compartía con sus hermanas, reconocía la causa por la que todo el mundo la trataba diferente. La mayor de don Cipriano tenía el cabello negro, lacio en el nacimiento y ondulado en las puntas, los ojos levemente rasgados, nariz pequeña, labios carnosos y la piel canela, por más sol que evitase tomar.

Había tenido una infancia feliz a pesar de todo. Ese “todo” era la esposa de su padre, quien llegó al solar una mañana de julio cuando Consuelo tenía dos años y medio. Creció al amparo de los mimos que su nana Dolores le prodigaba como nadie, mezclada en la cocina con los esclavos que la aceptaban mejor que la madrastra; amó a cada uno de los hermanos que la nueva señora trajo al mundo; y se sentó siempre que pudo en la falda de su padre, quien, a pesar de todo, demostraba un cariño rayano en la adoración por su primogénita.

Con los años, la joven aprendió a convivir con doña Clara. Algunas veces pasaba por alto injusticias y desprecios, otras callaba los reproches o se desahogaba al hombro de su nana mientras todos dormían. ¿Qué importancia podía tener que su madrastra la rechazara si su padre y hermanos la adoraban? ¿A quién le importaba qué lugar ocupaba si, cuando los

niños ardían de fiebre, era su nombre el que repetían en medio del delirio, y su mano la que sostenían tras una pesadilla?

Doña Clara se acostumbró a tratar a su hijastra en ese espacio indefinido entre amos y esclavos. Consuelo se reconoció a sí misma en una piel que documentaba el mestizaje de su sangre y se dividía en dos. Los negros del solar, más que aceptarla, terminaron por tratarla como una más y la amaban con sus pobres almas desterradas.

No bien su padre le comunicó la inminente llegada de Bracamonte, la muchacha abrió el dormitorio que mantenían desocupado para que se ventilara. La brisa de finales de agosto no podía llevarse en unas pocas horas el tufo de tantos días de encierro y humedad, advirtió, de manera que lo siguiente fue movilizar a toda la servidumbre para que la ayudase a hacer lo que, horas más tarde, ordenaría a destiempo doña Clara.

A las cinco de la tarde del día siguiente, los muebles de la habitación de huéspedes estaban en su lugar sobre una alfombra impecable; la cama hecha, las cortinas colgadas; solo restaba esperar al huésped que la ocuparía.

Consuelo repasó el dormitorio con ojo crítico y sonrió conforme.

—Jacinta está esperando que le diga con qué prefiere servir el pescado, niña —le recordó su nana cuando la vio demorarse en quitar una pelusa de la alfombra.

—Ya voy, Dolores.

La joven se dirigió a la cocina, donde Jacinta pelaba verduras, y Panchita, la pequeña mulata, cortaba en trocitos las cebollas.

—Te he dicho infinidad de veces, Jacinta —protestó Consuelo—, que la niña no debe usar el cuchillo. Un día de estos se rebanará un dedo.

—Tiene que aprender, amita.

—No me llames así —resopló antes de sentarse en uno de los bancos que rodeaban la mesa—. Puede aprender muchas otras cosas en las que no corra riesgo de lastimarse. ¿Dónde está Carmen?

—En la calle, con su ama —replicó Panchita.

—Ya me ocupo yo de eso —terció Dolores mientras hacía ademanes con una mano regordeta para sacar a la pequeña del banco—. Ve a preparar la mesa.

Los ojos vivaces de la pequeña se agrandaron y miraron directamente a Consuelo. En dos oportunidades, la niña había intentado colocar la pesada losa sobre la mesa del comedor y había dejado caer uno de los platos. No acababa de juntar los trozos desparramados en el suelo, cuando doña Clara la levantó de la oreja y, no conforme con eso, le dio dos reveses que le hicieron sangrar la nariz.

—Solo mantel y cubiertos, tesoro. De los platos me ocupo yo —la tranquilizó Consuelo—. Y no olvides que hoy somos siete a cenar. Y, hablando de cena, Jacinta, ¿ya tienes listo el cocido para los niños?

—En esa olla —señaló la morena.

Consuelo buscó a sus hermanos menores en el segundo patio. No los encontró. Cruzó el portal que lo separaba del primero y allí vio a Inesita parada en medio, con el puño en la boca y los ojos verdes que miraban a uno y otro lado.

—¿Dónde están Miguel y Gabina?

—Escondidos —musitó la pequeña de cinco años.

—¿Otra vez, jugando a las escondidas? —Inesita se alzó de hombros con los ojos vidriosos.

—Comenzamos hace mucho, pero no consigo encontrarlos por ningún lado.

—Esos pilluelos te han dejado sola otra vez, cielo. Vamos a lavarte las manos que ya arreglarán cuentas conmigo.

La muchacha encontró a Gabina y a Miguel sentados, muy campantes, en un rincón del estrado¹.

—A lavarse las manos que es hora de cenar. ¿Se puede saber por qué ha quedado otra vez sola su hermanita?

—Nos molesta todo el tiempo, Chelo —rezongó Gabina, la mayor de los tres—. Y no la dejamos sola, jugábamos a las escondidas, y ella no sabe buscar.

—¡Ni esconderse! —añadió Miguelito.

—Qué vergüenza; la pobrecita estaba a punto de ponerse a llorar. Quién sabe cuánto tiempo llevaba sola.

—¿Cuándo voy a comer con los mayores? —chilló Gabina—. Ya tengo diez años, y Pilar dice que mamá se lo permitió muchísimo antes.

—No es cierto; lo dice para molestarte.

—¿Entonces cuándo?

—Comerás con los mayores cuando seas mayor. Pórtate como una señorita con tu hermana pequeña y ya verás cómo te ganas pronto un lugar en la mesa.

—Yo no quise esconderme aquí, lo hice porque Gabina me obligó —declaró Miguel—. Sabía que Inesita no podría encontrarnos.

—La próxima vez quiero ver a todos en el patio, sin excepción.

—¿Cuál es la gracia? —protestó la niña—. En el patio no hay buenos escondites.

—No pueden hacer que Inés tenga que buscar por toda la casa, es demasiado grande para ella.

—¡Entonces que no juegue! Es muy molesta. Quiere hacer todo lo que hacemos nosotros, pero no sabe cómo. Y, luego, llora que llora.

—Ve a lavarte las manos, Gabina.

—¿Qué está pasando? —quiso saber doña Clara.

La mujer acababa de cruzar la puerta de calle enfundada en un vestido de amplia falda. Sobre el traje llevaba un jubón ceñido a su grueso talle. Se quitó la mantilla que le cubría la cabeza y miró a sus hijos con gravedad.

—¿Por qué están aquí? Esta noche tenemos un invitado a cenar, y los quiero en la cama temprano.

—Los niños cenarán en unos minutos, señora —informó Consuelo.

Desde el comedor les llegó el choque de la plata contra el mazarí. Consuelo sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo, cuando doña Clara cerró los ojos y apretó los dientes.

—Esa mocosa terminará por estropearlo todo —masculló la mujer.

—Madre, ¿cuándo podré cenar con los mayores? —insistió Gabina.

—Cuando sea capaz de hacer silencio. Solo entonces, sabré que está preparada para compartir la mesa con los adultos.

Gabina asintió con la cabeza, pero el ceño fruncido de la niña le advirtió a Consuelo que la explicación de su madre no acababa de conformarla.

—Chelo, ¿qué hacen los mayores si no pueden hablar en la mesa? —preguntó media hora más tarde, mientras cenaban en un extremo de la mesa principal.

Consuelo bordaba un pañuelo en una silla apartada.

—Comemos y bebemos —respondió sin mirarla.

—¡Qué aburrido! —opinó Miguel.

—¿Ni siquiera padre tiene permitido decir alguna cosa?
—insistió la niña.

Consuelo interrumpió la labor y la miró a los ojos antes de decir:

—Por supuesto que hablamos, Gabina.

—Pero mamá ha dicho...

—Lo que quiso decir tu madre es que debes aprender a moderarte. Ustedes, los niños —continuó Consuelo—, todavía tienen mucho que aprender y, por eso, viven haciendo preguntas. Incluso mientras comen —añadió—. Cuando moderes esa conducta, estarás preparada para sentarte en la mesa con los adultos.

—Si tengo que esperar a saberlo todo... —rezongó Gabina.

—No se trata de saberlo todo, tesoro. Verás. Y esto va para todos —advirtió la hermana mayor—. En la mesa, las damas deben permanecer en silencio, salvo que alguien las invite a hablar. Y nunca, bajo ninguna circunstancia, debéis opinar de asuntos masculinos.

—¿Cómo cuáles?

—¿Te das cuenta, Gabina? Todavía tienes mucho que aprender para poder sentarte con los mayores. Si ya terminaron —se dirigió a los tres al tiempo que abandonaba la silla—, ya pueden ir a cambiarse para dormir.

Sarratea llegó temprano. Don Cipriano pidió a Consuelo que se sentara más cerca, en el lugar que solía ocupar su hermana Pilar todas las noches. La protesta callada de doña Clara se reveló en un bufido discreto antes de tomar asiento al lado de la hijastra. Frente a ellas tres, se acomodaron don Martín, Teodoro y Julián. Los dos últimos, hijos del matrimonio Montiel.

—¿Cómo está doña Tomasa, don Martín? —preguntó el anfitrión.

—Atareada, como siempre. —Tomasa Josefa de Altola-guirre, esposa de Sarratea, era madre de nueve hijos—. Uno de los niños estuvo con una gripe tremenda la última semana. Ya pueden imaginar lo que significa tener un hijo enfermo, y otros tantos por atender. La pobre prácticamente no duerme.

—Mi Clarita no tiene ese problema —bromeó don Cipriano—. Consuelo colabora muchísimo en la atención de sus hermanos.

“Y en todo lo demás”, añadió para sí la aludida.

—Una suerte, doña Clara —reconoció Sarratea—. Cuando esta criatura se case, sentirá como si el techo se le viniera encima.

—¿Consuelo, casada? —rio la mujer—. Antes se pondrá a vestir santos en San Ignacio, don Martín.

—No es que menosprecie el trabajo de esas piadosas mujeres, señora —replicó el hombre—, pero terminaré por comprobar que esta ciudad está llena de ciegos. ¿Cómo es posible que no haya una caterva de jóvenes candidatos llamando a la puerta de su casa, don Cipriano?

—Usted lo ha dicho, don Martín. Son todos ciegos.

Consuelo se ruborizó y sonrió ante el halago de Sarratea.

Los jóvenes de Buenos Aires no eran ciegos. Más de uno giraba al verla pasar, atraído por la belleza exótica de la muchacha, la piel dorada y los ojos canela donde se fundían salvajismo y refinamiento. Ni las sedas y puntillas que la engalanaban eran capaces de disimular su verdadero origen. No. No eran ciegos, sino conservadores. Ningún hombre de su clase se atrevía a quebrantar las normas morales y desposar a

una mestiza; para eso estaban las otras: las blancas, españolas o criollas.

A Consuelo todo eso la tenía sin cuidado, pero sufría por su padre. Sabía que, más de una vez, Montiel había ofrecido una cuantiosa dote para conseguirle un esposo a su primogénita. En lugar de lograrlo, la impotencia de él acababa por humillar a su hija. “No estoy en venta”, querellaba la joven, y don Cipriano cerraba los ojos para no ver el dolor en los de su bien amada.

—Fíjense que no puedo estar más en desacuerdo con ustedes —acotó doña Clara—. Pilar acaba de cumplir los quince años el mes pasado, y ya hemos recibido la primera propuesta de matrimonio —añadió ufana—. ¿Acaso miento? —espetó a su marido cuando la fulminó con los ojos.

—Lo que necesita Consuelo es salir de la cueva —murmuró don Cipriano y suavizó la mirada para dirigirla directo a la muchacha—. Estoy cansado de repetírselo —suspiró—, pero ella prefiere quedarse encerrada en la casa el día entero.

—Precisamente de eso les quería hablar —comenzó a decir el invitado. A pesar del tono jovial y despreocupado de don Martín, Consuelo dejó a medio camino el tenedor que se llevaba a la boca en esos momentos y se dispuso a escucharlo con atención—. Como bien deben de saber, el virrey me ha pedido colaboración en la administración del hospicio fundado a finales del pasado año.

—¿La Casa de Niños Expósitos? —tentó don Cipriano. Sarratea asintió—. Creí que Su Excelencia había nombrado por fin un administrador definitivo para el hospital.

—Lo hizo. La imprenta casi está reparada y comenzará a funcionar el próximo mes. El administrador oficial de la Casa

será don José Silva y Aguiar, pero Riglos y yo lo asistiremos en tanto y en cuanto la situación no mejore.

—¿Siguen los problemas financieros?

—Desde el primer día, Cipriano. La compra y traslado de la imprenta desde Córdoba se ha llevado gran parte de los ingresos que obtenemos del alquiler de las viejas propiedades de los expulsos jesuitas. A pesar de las donaciones privadas, el asilo continúa sin tener entradas suficientes para mantener a los niños.

Consuelo no comprendía qué relación podía tener todo aquello con su supuesto encierro, pero siguió escuchando a Sarratea con atención.

—El problema principal no es alimentarlos. Gracias a Dios los huérfanos comen bien, aunque el número de internos crece día a día. —Sarratea respiró hondo antes de decir—: A veces me pregunto si Buenos Aires no tardó demasiado en fundar un albergue para esas criaturas abandonadas. Si don Marcos no hubiese planteado la problemática de los huérfanos a Vértiz, ¿cuántos niños más habrían sido abandonados a sus suerte para morir en las calles y huecos de esta ciudad? —Don Martín se refería a Marcos José Riglos, síndico procurador y exjuez de menores, promotor principal de la fundación del Hospital y Casa de Niños Expósitos en Buenos Aires—. Les damos de comer, los vestimos, curamos y cristianizamos, pero eso no basta para convertirlos en ciudadanos solventes. También hay que educarlos, darles herramientas y procurarles un futuro.

Teodoro era el único en la mesa que seguía comiendo como si nada; los demás escuchaban a Sarratea inmóviles, expectantes, hasta que Consuelo no aguantó más.

—¿Tienen maestros suficientes para eso? —inquirió, y don Martín sonrió complacido. Había llegado la hora de explicarles la razón de su visita.

—Algunos. El padre Serafín ha convencido a uno de sus feligreses de dictar clases de aritmética. Él se ocupa personalmente de adoctrinar a los catecúmenos. La razón por la que estoy aquí, don Cipriano, doña Clara, es para pedir a la señorita Consuelo que enseñe a leer y escribir a los internos.

La señora se limpió los labios con la servilleta y suspiró. Don Cipriano se rascó la barbilla. Pilar y Julián miraron a su hermana, quien apretaba los labios sin decidirse a hablar. La idea la fascinaba. A ella le había enseñado a leer y escribir una de las pocas mujeres cultas de la Trinidad: doña Ana María Valle, esposa de Moreno y Argumosa. Al observar su progreso y el deseo de aprender, don Cipriano acabó por contratar un maestro para que la niña continuara los estudios. Montiel respondió con eficacia a las protestas de su mujer por perder el tiempo en educar a una muchacha que no necesitaba saber otra cosa que dirigir una casa: “Se trata de una inversión, querida. En el futuro, Consuelo podrá enseñar a sus hermanas menores”. Y eso fue exactamente lo que pasó; mientras Teodoro y Julián estudiaban en el Real Colegio de San Carlos, Pilar y Gabina hacían lo propio en la biblioteca del solar.

Quien acabó por romper el silencio fue el anfitrión. Dado que conocía a su esposa, y adelantándose a la respuesta que, en última instancia, debía dar Consuelo, dijo a don Martín:

—Ninguna hija mía trabajará fuera de la casa.

—Esto no será un trabajo, Cipriano, sino una obra de misericordia —repuso el otro.

Ambas declaraciones se conjugaron para que doña Clara tomara una decisión. No le importaba que su hijastra quedase mal parada al emplearse como maestra en la Casa de Niños Expósitos. En cambio, le interesaba que su familia fuera encomiada por una obra de beneficencia de tal magnitud.

—No veo que pueda considerarse deshonroso que una Montiel visite a los huérfanos de vez en cuando, querido. Por otro lado, ¿no acabas de decir que Consuelo se pasa el día encerrada en esta casa?

—Me refería a esa aversión que tiene a frecuentar tertulias y saraos —apuntó su esposo—. ¿Qué clase de marido podrá encontrar al emplearse como maestra en un asilo?

—¿Usted qué opina? —preguntó don Martín a Consuelo.

—Me gustaría muchísimo.

Su padre la observó con los párpados entornados y volvió a rascarse la barbilla. Los ojos de Consuelo reflejaron su ansiedad cuando le devolvió la mirada. ¿Qué no haría él por aquella muchacha que jamás pedía nada para sí? Si Clara se mostraba de acuerdo, don Cipriano tampoco se opondría a dejarla ir a la vieja propiedad de los jesuitas, que ahora funcionaba como hospital y orfelinato a una manzana del solar.

—No se habla más; si mi hija está decidida a hacerlo, no tengo nada que decir al respecto.

—Gracias, Consuelo —expresó don Martín—. Cuando usted lo disponga enviaré a dos esclavos del asilo a buscarla con la silla de manos. La traerán a casa en cuanto acabemos de mostrarle las instalaciones y presentarle a los internos.

* * *

Esa noche, mientras se cambiaba tras una mampara para ir a la cama, a Consuelo le temblaron las manos por la emoción. Gabina e Inés dormían en sus cujas, y Pilar observaba el techo, reconcentrada. Frente a ese silencio, la mayor asomó la cabeza y preguntó:

—¿En qué piensas?

—¿Por qué no te has casado, Consuelo?

—Ya oíste a papá —replicó en un susurro mientras se trenzaba el cabello y se acercaba a la cama que compartía con Inesita.

—El empleado de don Gaspar de Santa Coloma no es ningún ciego. Recuerdo cómo te observaba cada vez que íbamos a la tienda a comprar alguna cosa.

—¿Y eso qué? ¿Ya olvidaste que él va a casarse con Magdalena de la Carrera Indá la próxima semana?

—Si tú hubieras permitido que papá superara la dote que ofreció don Francisco para casar a su hija...

—No estoy en venta, Pilar. Si un hombre va a elegirme como esposa, deberá hacerlo por mí y no por una dote. ¿Qué clase de matrimonio sería ese?

—Común y corriente —opinó la otra.

—Precisamente. No es eso lo que quiero para mí.

—¿Y qué es lo que quieres, Consuelo? ¿Vestir santos como aventura mamá?

—Tal vez, la propuesta de don Martín elimine esa posibilidad. Quién te dice y termine por enseñar a los huérfanos hasta que mi cabello se vuelva blanco.

—¿Es que no te das cuenta? —espetó Pilar sin levantar el tono de voz, pero sí la cabeza de la almohada. Quedó apoyada en un codo mientras miraba a su hermana—. Que trabajes

como maestra empeorará las cosas. Nadie va a fijarse en ti, excepto el puñado de desamparados a los que eduques.

—No me importa.

—Eso dices ahora; espera a tener diez años más. Me has hablado del matrimonio y la familia desde que tengo memoria. Creí que deseabas tener un esposo y llenarlo de hijos, porque eso es con lo que soñamos todas, ¿me equivoco?

—No.

La lacónica respuesta de Consuelo quedó flotando en el dormitorio largo rato sostenida por la densidad de la tristeza con la que fue expresada. Pilar estaba en lo cierto: soñaba con una familia propia, esposo, hijos. Pero, cada vez que lo hacía, se preguntaba cuál era el precio que debería pagar para hacerlo realidad. Su idea del matrimonio no era tan convencional como para seducir a un hombre mediante una dote. Consuelo quería otra cosa: un hombre a quien no le importase el color de su piel, a quien no le preocupase su origen incierto; un hombre que la eligiese por sobre todas las demás, que la amase.

No quiso seguir hablando con su hermana y echar a perder el momento. Se había sentido feliz y valorada al escuchar la propuesta de Sarratea. Trabajar en la Casa de Niños Expósitos iluminaría sus días, palearía su soledad, igual que hacían sus hermanos. Se volvió para abrazar a Inesita y, enseguida, escuchó las respiraciones acompasadas de Pilar y Gabina detrás suyo. No quería echarlo a perder, pero los pensamientos nunca piden permiso. La voz ronca de Dolores volvió a tronarle en la cabeza y a espantarla igual que había hecho varios años atrás:

—¿Piensa alguna vez en su madre, mi niña?

—Pienso, sí. ¿Eso está mal, nanita?

—¡Claro que no! Cómo va a estar mal que piense de vez en cuando en la persona que la tuvo bien abrigadita en su panza. Cuénteles a esta negra qué es lo que imagina esa cabecita cuando piensa en su madre.

—Me pregunto... —La niña hizo una pausa mientras cobraba valor—. Me pregunto si está viva en alguna parte.

—¿Y no quiere saberlo? Quizá, si se lo pregunta a su padre, lo pueda saber.

—No me animo, nana.

—Pues, alguna vez, tendrá que animarse.

¿Se animaría alguna vez a preguntarle quién había sido la mujer que la cobijó nueve meses en el vientre? ¿Qué había sido de ella? ¿Estaba viva o muerta? A medida que los años pasaban, la ignorancia y la falta de valor para encarar a su progenitor ensanchaban un abismo que la apartaba del mundo real, como si ella no existiera o no debiera existir. ¿Qué ser humano podía vivir con semejante duda que le socavaba el alma?

Eran demasiadas las noches que deseaba pronunciar un nombre desconocido; los días en que la sangre parecía agitarse al ver el sol reflejarse en la superficie del río, al percibir el olor a la tierra mojada, como si todo aquello le trajera recuerdos de otra vida. Una vida al cobijo de un vientre ignoto.

“Mañana reuniré el valor suficiente y preguntaré por ella”, se prometió como tantas otras veces. “La encontraré en cada poro de mi piel, en el color de mis ojos y, una vez que lo sepa, repetiré ese nombre en voz alta para grabarlo en mi memoria.”

Consuelo se durmió abrazada al cuerpecito cálido de Inés, mientras en su corazón se libraba una batalla entre la realidad y las ilusiones. ¿Qué futuro era ese con el que podía soñar, si su pasado no era otra cosa que una densa neblina? En

aquella noche de finales de agosto, una brisa se escurrió tras los postigos cerrados del dormitorio y sopló la vela que Consuelo olvidó apagar. Afuera, los perros cimarrones aullaron durante toda la noche.